

GUERREROS DE LA TORMENTA

BERNARD CORNWELL

GUERREROS DE LA TORMENTA

Sajones, vikingos y normandos IX

Traducción de Gregorio Cantera



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Warriors of the Storm*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

© del mapa John Gilkes, 2015

Primera edición: febrero de 2017

© Bernard Cornwell, 2015
© de la traducción: Gregorio Cantera, 2017
© de la presente edición: Edhasa, 2017
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6308-1

Impreso en Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B. 26930-2016

Impreso en España

Para Phil y Robert

ÍNDICE

Mapa	11
Topónimos.....	13
Primera parte	
EL RÍO EN LLAMAS	15
Segunda parte	
LA CERCA FANTASMA	225
Tercera parte	
GUERRA ENTRE HERMANOS.....	365
Nota histórica	485
Cómo se fraguó Inglaterra	489



TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto a los nombres. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados en lo que sigue, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford* o en el *Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años en torno al 900 de nuestra era. En 956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Hæglingaiggæ. Tampoco he sido coherente en este aspecto: me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Norðhymbraland para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que aparecen en ella, es caprichosa.

Æsc's Hill	Ashdown, Berkshire
Alencestre	Alcester, Warwickshire
Beamfleot	Benfleet, Essex

Bebbanburg	Castillo de Bamburgh, Northumbria
Brunanburh	Bromborough, Cheshire
Cair Ligualid	Carlisle, Cumbria
Ceaster	Chester, Cheshire
Cent	Kent
Contwaraburg	Canterbury, Kent
Cumbraland	Cumbria
Dunholm	Durham, condado de Durham
Dyflin	Dublín, Irlanda
Eads Byrig	Eddisbury Hill, Cheshire
Eoferwic	York, Yorkshire
Gleawecestre	Gloucester, Gloucestershire
Hedene	Río Eden, Cumbria
Horn	Hofn, Islandia
Hrothwulf	
(granja de)	Rocester, Staffordshire
Jorvik	York, Yorkshire
Ledecestre	Leicester, Leicestershire
Liccelfeld	Lichfield, Staffordshire
Lindcolne	Lincoln, Lincolnshire
Loch Cuan	Strangford Lough, Irlanda del Norte
Lundene	Londres
Mærse	Río Mersey
Mann	Isla de Man
Sæfern	Río Severn
Strath Clota	Strathclyde, Escocia
Use	Río Ouse
Wiltunscir	Wiltshire
Wintanceaster	Winchester, Hampshire
Wirhealum	Península de Wirrall, Cheshire

PRIMERA PARTE

El río en llamas

CAPÍTULO I

Fuego en plena noche. Fuego que tiznaba el cielo y deslucía las estrellas. Fuego que, en forma de remolinos, dispersaba un humo espeso por aquel terreno entre dos ríos.

Finan me despertó.

–Qué raro –fue todo lo que dijo.

Eadith se arrebujo contra mí; la aparté de mi lado.

–No os mováis de aquí –le dije, al tiempo que me escabullía de debajo de las pieles y, a tientas, buscaba una capa de piel de oso para echármela por los hombros antes de salir a la calle tras los pasos de Finan. No había luna: tan sólo el reflejo de las llamas en la aparatosa humareda que el viento nocturno arrastraba tierra adentro–. Más hombres en las murallas –reclamé.

–En sus puestos –dijo Finan.

No me quedaba otra que echar sapos y culebras. Y eso fue lo que hice.

–Brunanburh –dijo Finan abatido, y volví a soltar una sarta de improperios.

La gente se arremolinaba en la calle principal de Ceaster. Envuelta en una amplia capa, con aquellos cabellos rojos que resplandecían a la luz de los fanales que ardían a la puerta de la iglesia, también Eadith se había echado a la calle.

–¿Qué pasa? –preguntó, con voz de dormida.

–Brunanburh –dijo Finan, con cara de preocupación. Eadith se santiguó. Llegué a atisbar su cuerpo desnudo cuando sacó la mano de debajo de la capa y se la llevó a la frente; luego, recatada, se cubrió el vientre con la tosca prenda de lana.

–Loki –dije en voz alta. Por más que digan los cristianos, Loki es el dios del fuego. El más taimado de los dioses, maestro del engaño que nos confunde, nos hechiza, nos la juega y nos hace la pascua. De fuego es el arma de doble filo que empuña, de ese fuego que lo mismo nos ayuda entrar en calor, que adoba lo que comemos, que nos abrasa o que acaba con nosotros. Palpé el martillo de Thor que llevaba al cuello–. Allí dejamos a Etelstano –dije.

–Si aún sigue con vida –contestó Finan.

Nada podíamos hacer en aquella oscuridad. A caballo y en una noche tan cerrada, tardaríamos no menos de dos horas en llegar a Brunanburh, avanzando a trompicones por los bosques o, quién sabe, si cayendo en alguna emboscada que nos hubieran preparado los hombres que habían prendido fuego al lejano fortín. Lo único que podía hacer era permanecer vigilante en lo alto de las murallas de Ceaster por si se producía un ataque al amanecer.

Poco me importaba que nos atacasen. Levantada por los romanos, Ceaster era una de las fortalezas más inexpugnables de Britania. Aparte de lo poco que les atraía la idea de atacar fortalezas, antes de hacerlo, aquellos hombres del norte tendrían que salvar un foso inundado y asentar escalas de madera contra las altas murallas de piedra. Pero el caso es que Brunanburh estaba en llamas. Así que nadie se hacía idea de con qué nos íbamos a encontrar al amanecer. Erigido por Etelfleda, al frente de los destinos de Mercia por entonces, con el propósito de defender el río Mæse,

vía que utilizaban los barcos de los hombres del norte para llegar sin percances al corazón de Britania, Brunanburh era el último de los fortines que habíamos levantado. Durante años, en un trasiego incesante de remos que subían y bajaban, barcos con mascarones de dragón en la proa, atestados de nuevos guerreros dispuestos a participar en la interminable contienda que enfrentaba a los hombres del norte con los sajones, había enfilado el río; la del Mærse había sido una ruta muy frecuentada, que Brunanburh había cegado. Tras las anchas murallas de madera del fortín, recababan las tripulaciones de una flota de doce barcos que allí habíamos dejado; los hombres del norte le habían visto las orejas al lobo. De manera que, desde entonces, si tocaban tierra en la costa occidental de Britania, ponían rumbo a Gales o a Cumbria, territorio salvaje e inexplorado al norte del Mærse.

Menos aquella noche. Aquella noche, el Mærse estaba en llamas.

–Vestíos –le dije a Eadith. Nos disponíamos a pasar el resto de la noche en vela.

Se llevó la mano a la cruz con esmeraldas incrustadas que lucía al cuello.

–Etelstano –dijo, con voz queda, como si rezase por él mientras toqueteaba la cruz. Había tomado cariño al muchacho.

–Si sigue con vida o ha muerto –comenté de mal humor–, no lo sabremos hasta que salga el sol.

A esa hora imprecisa que antecede al amanecer, camino del norte, siguiendo la calzada romana que discurría a través del espectral cementerio romano, nos pusimos en marcha. A lomos de monturas rápidas y ligeras, las más adecuadas para salir de estampida en caso de que nos en-

contrásemos con un ejército de vocingleros hombres del norte, sesenta hombres venían conmigo. Envié ojeadores por delante, pero, con las prisas del momento, no teníamos tiempo para adoptar las cautelas de siempre, a saber: esperar a ver qué noticias traían antes de seguir adelante. En aquella ocasión, no tendríamos otra advertencia que la de encontrarlos muertos. Dejamos atrás la calzada romana y nos adentramos por una senda que habíamos practicado a través de los bosques. Portadoras de una ligera llovizna, unas nubes habían entrado por el oeste, pero, más adelante, aún salía humo. La lluvia, que no aquella llovizna, podría dar al traste con el fuego de Loki, pero, con tentadores guiños, aquel humo parecía mofarse de nosotros.

Salimos del bosque y llegamos allí donde los campos daban paso a las marismas, unas marismas que llegaban hasta el río; una vez allí, por el oeste, lejos de donde estábamos, en la anchurosa y plateada lengua de agua, atisbamos una flota. Veinte, treinta barcos, quizá más; imposible decir cuántos de tan apretujados como permanecían amarrados, pero, aun estando tan lejos, reparé en los animales con que los hombres del norte realizaban los mascarones de proa: águilas, dragones, serpientes y lobos.

–Santo Dios –exclamó Finan, impresionado.

A toda prisa, seguimos un camino de cabras que, serpenteando, llevaba a un terreno más elevado en la orilla sur del río. Un viento racheado nos daba de cara, tan fuerte que, a veces, rizaba hasta encrespar el río Mærse. No veíamos Brunanburh todavía, porque el fortín se alzaba más allá de un altozano arbolado, pero un inusitado movimiento en las lindes del bosque nos reveló la presencia de hombres por aquellos parajes; nuestros dos exploradores dieron media vuelta y volvieron a nuestro lado. Quien-

quiera que los hubiese puesto sobre aviso se había esfumado en el espeso follaje primaveral; al cabo de un momento, se oyó el bramido de una trompa, un mugido lastimero en aquel amanecer gris y húmedo.

–Al menos, el fortín no está en llamas –dijo Finan, sin tenerlas todas consigo.

En lugar de contestarle, me aparté del camino y me fui tierra adentro hasta unos frescos pastos. Entre los terrones de tierra húmeda que levantaban los cascos de sus caballerías, los ojeadores se llegaron a mi lado.

–¡Hombres entre los árboles, mi señor! –gritó uno de ellos–. ¡Al menos una veintena, seguramente más!

–Y listos para pelear –informó el otro.

–¿Pertrechos? –se interesó Finan.

–Escudos, yelmos, armas –añadió el segundo de los exploradores.

Con sesenta hombres, pues, me dirigí al sur. Como una cortina, el recién estrenado verdor de los árboles se interponía entre nosotros y Brunanburh, y si allí nos acechaba el enemigo, seguramente habrían copado el sendero. Si seguíamos adelante, podríamos darnos de bruces contra algún muro de escudos oculto entre los árboles; si acortábamos distancias por el interior, tendrían que dispersarse hasta dar con otro sitio donde formarlos, de modo que aceleré el paso espoleando el caballo hasta ponerlo a medio galope. Sin alejarse de mí, mi hijo cabalgaba a mi izquierda.

–¡No es el fortín lo que está en llamas! –gritó.

La humareda iba a menos. Más allá de los árboles, aún se alzaba aquella mancha gris que se confundía con las nubes bajas. Daba la impresión de que salía del río, y deduje que Finan y mi hijo estaban en lo cierto: que no

era el fortín lo que estaba en llamas, sino los barcos. Nuestros barcos. Pero, ¿cómo podían haber llegado allí? Si de día, tras haberlos avistado, los defensores del fortín se habrían puesto a los remos y plantado cara al enemigo; no me entraba en la cabeza cómo habían podido hacerlo en plena noche. El Mærse era un río poco profundo, con bancos de arena a cada paso: ningún marino avezado se habría aventurado a adentrarse tanto en la oscuridad de una noche sin luna.

—¡No es el fortín! —volvió a gritar Uhtred. Como si fuera una buena noticia, cuando lo que yo me temía era que lo hubiesen tomado y que una horda de hombres del norte se hubiera atrincherado tras las recias murallas de madera. ¿Qué sentido tenía quemar algo que podían defender sin apenas mover un dedo?

El terreno se elevaba. No atisbaba enemigo alguno entre los árboles, lo que no quería decir que no anduviesen cerca. Pero, ¿cuántos? ¿Treinta tripulaciones? A ojo de buen cubero, cerca de mil hombres, que debían de estar al tanto de que, a caballo, no tardaríamos en llegar desde Ceaster. Si yo hubiera estado al frente de aquellos hombres, me habría mantenido a la espera al otro lado de los árboles, lo que me habría llevado a entender que debía refrenar nuestro avance y enviar de nuevo ojeadores por delante; en vez de eso, espoleé mi montura. Llevaba el escudo a la espalda, y allí siguió; me limité a retirar la aldabilla de *Hálito-de-serpiente*, sin sacarla de la vaina. Estaba tan rabioso que todo me daba igual, pero mi instinto me decía que, más allá del bosque, no había nadie. El enemigo podría estar esperándonos en el sendero, pero, si me desviaba tierra adentro, de poco tiempo dispondrían para volver a formar un muro de escudos en un terreno más elevado.

La cortina de árboles aún nos ocultaba lo que había más allá; obligué a virar al caballo y nos dirigimos de nuevo hacia el oeste. Me interné entre el follaje, me agaché para evitar una rama, dejé que mi montura siguiera adelante a su aire y, de pronto, atrás quedaron los árboles. Me hice con las riendas para aminorar el paso, eché un vistazo en derredor y me detuve.

Ni un solo enemigo a la vista.

Mis hombres irrumpieron en la maleza y se detuvieron a mis espaldas.

—Gracias a Dios —exclamó Finan.

No habían tomado el fortín. Junto al de Etelfleda, el del ganso, allí seguía el estandarte del caballo blanco de Mercia, ondeando ambos en lo alto de las murallas. De las que colgaba un tercer pendón, una nueva enseña cuya factura había encargado a las mujeres de Ceaster: el dragón de Wessex, un dragón que, enhiesta una de las zarpas, sostenía un rayo. El estandarte del príncipe Etelstano. Al muchacho le habría gustado que hubiese una cruz cristiana, pero les ordené que bordasen aquel rayo en su lugar.

Acabo de decir que Etelstano era un muchacho, pero, a sus catorce o quince años, ya era todo un hombre. Había dado un buen estirón, y la experiencia se había encargado de atemperar el carácter de aquel diablillo revoltoso. Había gente que quería verlo muerto, y él lo sabía, de modo que se andaba con cien ojos. Guapo mozo también, o eso me decía Eadith, con aquellos ojos grises y despiertos que culminaban un rostro anguloso bajo unos cabellos tan negros como el ala de un cuervo. Al contrario que aquéllos que querían verlo muerto, y lo llamaban bastardo, yo siempre me dirigía a él como príncipe Etelstano.

Eran muchos los que daban por buena semejante patraña. Etelstano era el hijo que había dado a luz una preciosa muchacha de Cent que había fallecido durante el parto, y su padre no era otro que Eduardo, hijo del rey Alfredo, y rey de Wessex a la sazón. Andando el tiempo, Eduardo acabó por casarse con una muchacha sajona que le había dado otro hijo, lo que dejaba a Etelstano en una situación incómoda, más si se tiene en cuenta que corrían rumores de que, en realidad, no era bastardo, ya que, en secreto, Eduardo había contraído matrimonio con aquella muchacha de Cent. Cierto o no, y mis razones tenía para saber de buena tinta que aquel primer matrimonio se había celebrado, eso era lo de menos, porque, para muchos de los súbditos de Eduardo, Etelstano era el hijo no deseado. No se había criado en Wintanceaster, como los otros hijos de Eduardo, sino que lo habían dejado en manos de Mercia. Eduardo tenía cariño a aquel chico, pero lo ignoraba, y lo cierto es que Etelstano era un incordio. Era el primogénito del rey, el *atheling*, el heredero, pero también tenía un hermanastro más joven, cuya vengativa madre deseaba verlo muerto puesto que se interponía entre su hijo y el trono de Wessex. A mí me caía bien Etelstano. Tanto que me gustaría verlo ocupando el trono que por derecho le pertenecía, pero antes que el oficio de rey, tenía que aprender a asumir sus responsabilidades como hombre, por eso lo había puesto al mando del fortín y de la flota de Brunanburh.

Y ya no existía tal flota. Había ardido. Tan sólo unos cascos humeantes junto a los restos chamuscados de aquel embarcadero que nos había mantenido ocupados todo un año. Tras asentar en condiciones unas pilastras de olmo en las marismas, tendimos una pasarela hasta más allá de la

orilla del río y levantamos un muelle capaz de albergar una flota de guerra, lista para intervenir en cualquier momento. Nada quedaba del muelle ni de los briosos barcos de alta proa. Eso sí, aún se veían rescoldos de las cuatro naves varadas en tierra; del resto, tan sólo unas cuadernas ennegrecidas que a duras penas se mantenían a flote en aquellas aguas poco profundas; al final del muelle, tres barcos con cabezas de dragón como mascarones de proa, amarrados a unos pilares medio carbonizados. Más allá, otras cinco embarcaciones que, subiera o bajara la marea, con ayuda de los remos, resistían los envites de la corriente. Una media milla río arriba, el resto de la flota enemiga.

En tierra, entre aquel muelle quemado y nosotros, hombres. Hombres provistos de cotas de malla, escudos y yelmos, hombres con lanzas y espadas. Doscientos quizá, que hasta allí habían llevado las pocas cabezas de ganado que habían podido reunir y las azuzaban dirigiéndolas a la orilla del río, donde las sacrificaban para llevarse la carne. Eché un vistazo al fortín. Allí estaba Etelstano, al frente de ciento cincuenta hombres apretujados en lo alto de las murallas, sin hacer nada que pudiera entorpecer la retirada del enemigo.

–Vamos a acabar con unos cuantos de esos cabrones –dije.

–Mi señor... –se inquietó Finan, intranquilo al ver que nos superaban en número.

–Saldrán por piernas –repuse–. Sólo quieren verse a salvo en sus barcos, no buscan pelea en tierra firme.

Me hice con *Hálito-de-serpiente*. A pie y desperdigados, los hombres del norte que habían bajado a tierra. La mayoría andaba cerca de la parte del muelle quemado que se asentaba en tierra, donde poco tardarían en

formar un muro de escudos; por docenas, sin embargo, se contaban los que trataban de hacerse con el ganado. A por ellos me fui.

Estaba rabioso. Era yo quien estaba al frente de la guarnición de Ceaster, y los hombres que defendían Brunanburh formaban parte de ella. Era un puesto avanzado, que había sufrido un ataque por sorpresa y cuyos barcos habían sido pasto de las llamas, y sí, estaba rabioso. Quería sangre al amanecer. Besé la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*, clavé espuelas y, al galope, espada en mano y lanza en ristre, enfilamos la suave pendiente. Lamenté no disponer de una lanza; demasiado tarde. Los que pastoreaban el ganado nos vieron venir y trataron de echar a correr, pero estaban en las marismas y el ganado se espantó, en tanto los cascos de nuestras monturas retumbaban en la hierba húmeda por el relente. El grupo más nutrido de nuestros adversarios trató de formar un muro de escudos junto a lo poco del muelle quemado que se adentraba en tierra firme, pero no tenía intención de enfrentarme con ellos.

—¡Prisioneros! —grité a los míos—. ¡Quiero prisioneros!

Bien para echar una mano a los que estaban en tierra o para facilitarles la huida, uno de los barcos de los hombres del norte comenzó a acercarse a la orilla. Armando un colosal estrépito, piando y graznando, miles de pájaros levantaron el vuelo de aquellas aguas grises y, en círculos, volaron hasta el pastizal donde, a medias, habían formado un muro de escudos. Un estandarte sobresalía por encima de los escudos solapados; no tuve tiempo de fijarme en él, porque ya mi caballo se abalanzaba ribera abajo y casi alcanzábamos la orilla.

—¡Prisioneros! —les advertí a gritos una vez más.

Atrás dejé un buey degollado, cuya sangre espesa y negra se extendía por el cieno. Acababan de empezar la sangrienta labor, pero habían echado a correr y, sin darme cuenta, me vi entre ellos; de un golpe con la parte plana de la hoja de *Hálito-de-serpiente*, uno se fue al suelo. Di media vuelta. El caballo resbaló en el fango, se puso de manos y, en cuanto recuperó el equilibrio, aproveché el impulso que llevaba para hundir la espada en el pecho de un segundo hombre. La hoja le perforó el hombro, un tajo profundo; comenzó a echar espumarajos de sangre por la boca, y piqué espuelas para, gracias al empuje del corcel, liberar la pesada hoja del cuerpo del moribundo. Finan pasó a mi lado como una exhalación; tras él, mi hijo, al galope y baja la espada, *Pico-de-cuervo*; se ladeó en la silla de montar y se la hundió en la espalda a un hombre que corría como alma en pena. Con la mirada desencajada, un hombre del norte me lanzó un hacha que esquivé con facilidad, en el preciso instante en que la punta de la lanza que empuñaba Berg Skallagrimmson se le clavaba en el espinazo, se le hundía en las tripas y, brillante y ensangrentada, le asomaba por la barriga. Berg cabalgaba sin yelmo, recogiendo los cabellos rubios, largos como los de una mujer, con unas tabas y unas cintas. Cuando se deshizo del asta de fresno y empuñó la espada, me dirigió una sonrisa feroz.

—¡He echado a perder una cota de malla, mi señor!

—¡Quiero prisioneros, Berg!

—Antes, si no os importa, voy a acabar con unos cuantos de esos malnacidos —y picó espuelas, sin perder la sonrisa. Era un hombre del norte, un guerrero, de dieciocho o diecinueve veranos como mucho, pero que ya había estado a los remos de un barco que lo había llevado a Horn, esa isla de hielo y fuego en los confines del Atlántico; que

había peleado en Irlanda, Escocia y Gales, y que aseguraba que, a golpe de remo, se había adentrado en los bosques de abedules que, según él, se extendían al este del territorio de los hombres del norte. Tierras pobladas por gigantes helados y lobos del tamaño de corceles, según contaba—. Mil veces debería haber muerto, mi señor —me decía, pero el caso es que, si aún seguía con vida, a mí me lo debía. Y, tras haberme prestado juramento de fidelidad, pasó a ser uno de los míos, y estando ya a mi servicio, de un mandoble, le segó la cabeza a un hombre que huía—. Me parece que he afilado la espada como es debido —me dijo a voces.

Finan andaba cerca de la orilla, lo suficiente para que uno de los hombres que iban a bordo del barco que se acercaba le arrojase una lanza, que acabó en el cieno. De mala gana, Finan se ladeó en la silla de montar, se hizo con el asta y se llegó a un hombre que, sangrando, estaba en el suelo. Con desdén, miró al barco para cerciorarse de que veían lo que iba a hacer y enarboló la lanza, dispuesto a hundirla en la barriga de aquel hombre malherido. Con no poca sorpresa por mi parte, mantuvo el brazo en alto y la arrojó lejos. Desmontó y se arrodilló junto al herido; habló con él un momento, y se puso en pie.

—¡Prisioneros! —gritó—. ¡Se trata de hacer prisioneros!

Del fortín nos llegó el bramido de una trompa; volví la vista y reparé en los hombres que, en tromba, salían por la puerta de Brunanburh. Venían con escudos, lanzas y espadas, dispuestos a formar un muro de escudos capaz de plantar cara al que formaban nuestros enemigos y obligarlos a retroceder hasta el río, pero los protagonistas de la incursión ya abandonaban el lugar sin necesidad de ayuda por nuestra parte. Más allá de las pilastras carbonizadas,

vadeaban el río y, bordeando los rescoldos aún humeantes de nuestras naves, trepaban a bordo de los barcos que les quedaban más cerca. Salvando las marismas con los remos, sin ganas de vérselas con los míos, que, con espadas y lanzas ensangrentadas, profiriendo amenazas y cubriéndolos de insultos, los esperaban a la orilla del río, a la espera se mantenía el barco que se acercaba. Más enemigos saltaron al río, tratando de llegar a los barcos con cabeza de dragón en la proa.

—¡Dejad que se vayan! —grité. Había llegado con intención de hacer sangre al amanecer, pero, aparte de perder posiblemente a una docena de los míos, no merecía la pena acabar con tan sólo un puñado de hombres en las marismas del Mærse, cuando el grueso de la flota enemiga, con centenares de hombres a bordo, ya iba río arriba. Si quería desbaratar aquella amenaza, tendría que matar a centenares de hombres, no a un puñado tan sólo.

Las tripulaciones de los barcos que andaban más cerca se mofaban de nosotros. Me los quedé mirando mientras ayudaban a subir a bordo a los hombres, y me pregunté de dónde procedía aquella flota. Hacía mucho que no había visto tantos barcos de hombres del norte. Espoleé mi montura y me llegué a la orilla. Uno de ellos me arrojó una lanza, pero se quedó corto; con un gesto cargado de intención, devolví a *Hálito-de-serpiente* a la vaina, haciéndoles ver que daba por finalizada la refriega, cuando reparé en un hombre de barba gris que propinaba un codazo a un joven que pretendía arrojar otra lanza. Con la cabeza, dirigí un saludo al hombre de barba gris, quien me lo devolvió alzando una mano.

¿Quiénes eran, pues? Pronto nos lo aclararían los prisioneros, una veintena casi, a quienes en aquel momento

despojaban de sus cotas de malla, yelmos y objetos de valor. Finan se había vuelto a poner de rodillas junto al hombre herido y hablaba con él. Espoleé mi caballo y me acerqué hasta que, extrañado, me detuve al ver que Finan, puesto en pie, le meaba encima, mientras el otro, casi desfallecido, agitaba una mano enguantada tratando de librarse de su torturador.

—¡Finan! —grité.

No me hizo caso. Hablaba con el prisionero en su propia lengua, el irlandés, en tanto que el otro le respondía de malos modos en la misma lengua. Finan se echó a reír; luego, me dio la impresión de que lo maldecía mientras, con la palma de la mano vuelta a la cara meada de aquel hombre, desgranaba con toda claridad una retahíla inmisericorde, como si recitara un conjuro. Pensé que, pasara lo que pasara, no era asunto mío, y volví la vista a los barcos que se encontraban al extremo del muelle echado a perder en el momento en que el portaestandarte del enemigo subía a bordo del último de aquellos barcos de altiva proa. El hombre llevaba cota de malla y le costaba lo suyo trepar por el costado de la nave, hasta que, sujetando en alto el estandarte con ambos brazos, dos guerreros lo ayudaron a subir a bordo. Reconocí el estandarte, y casi no pude creerme lo que veía.

Haesten.

Haesten.

Si alguna vez hubo un infame, traicionero y repugnante desecho humano, ése era Haesten. Lo conocía desde siempre y, cómo no, también le había salvado su miserable vida y él me había prestado juramento de fidelidad, poniendo sus

manos sobre las mías, que apretaban la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*, y había derramado lágrimas mientras juraba que sería uno de los míos, que siempre me defendería y estaría a mi servicio a cambio de mi oro y de mi lealtad, cuando, al cabo de unos pocos meses, ya había quebrantado el juramento y se enfrentaba conmigo. Había jurado que mantendría la paz con Alfredo, y también había quebrantado ese juramento. Al frente de ejércitos, había saqueado Wessex y Mercia, hasta que, en Beamfleot, acorralé a sus hombres, y arroyos y marismas se tiñeron con su sangre. Aquel día, con sus muertos, cegamos los canales, y los cuervos se dieron un gran festín, pero Haesten consiguió escapar. Había perdido su ejército, pero no sus arteras veleidades, y había vuelto a las andadas, como vasallo de Sigurd Thorrsen y Cnut Ranulfson; ambos habían perdido la vida en otra carnicería, pero Haesten había conseguido escapar de nuevo.

Y allí estaba de vuelta; una calavera blanquecina clavada en un palo era el motivo que ondeaba en su estandarte, que parecía mofarse de mí desde el barco que estaba más cerca y que ya se alejaba por el río. Los hombres que iban a bordo nos insultaban, mientras el portaestandarte agitaba la calavera de un lado a otro. Más allá, otro barco de grandes dimensiones que, en la proa, exhibía un gran dragón con las fauces abiertas y mirando a lo alto; en la popa, un hombre con capa y un yelmo de plata rematado con unas negras alas de cuervo. Se quitó el yelmo y, con guasa, me dedicó una reverencia; en ese momento, caí en la cuenta de que era Haesten. Se estaba riendo. Había quemado nuestros barcos y nos había arrebatado algo de ganado; toda una victoria, en su caso. Pero no una forma de sacarse la espina de Beamfleot; para llevar a cabo una car-

nicería semejante, tendría que acabar conmigo y con todos mis hombres, pero nos había hecho quedar como necios y había abierto el Mærse a una colosal flota de hombres del norte que ya iban río arriba. Una tropa enemiga que, a las órdenes de Haesten, venía dispuesta a hacerse con nuestra tierra.

—¿Cómo un cabrón como Haesten puede estar al frente de tantos hombres? —me pregunté en voz alta.

—No lo está. —Mi hijo se había acercado a la orilla y refrenó su montura.

—¿Ah, no?

—Ragnall Ivarson es quien está al frente.

Me quedé callado, pero sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Ragnall Ivarson era un nombre que me sonaba, que a todos nos sonaba, un nombre que infundía temor a lo largo y ancho del mar de Irlanda. Un hombre del norte que se autoproclamaba Rey del Mar, porque sus dominios se extendían por todas las costas que, ya fueran de roca o de arena, batían las olas. Sus dominios se extendían hasta aquellos confines donde retozaban las focas y los frailecillos surcaban el aire, donde aullaban los vientos y los barcos se iban a pique, donde el frío lacerante se dejaba sentir como un cuchillo y, lastimeras, las almas de los ahogados gemían en la oscuridad. Sus hombres se habían apoderado de las inhóspitas islas de Escocia, adueñado de territorios en la costa de Irlanda y reducido a la esclavitud a gentes de Gales y de la Isla de Mann. Un reino, pues, carente de fronteras, porque, allí donde un enemigo se volvía lo bastante fuerte, los hombres de Ragnall se hacían a la mar en sus barcos alargados y ponían rumbo a otra costa inexplorada. Habían saqueado las costas de Wessex, tomado esclavos y robado ganado; incluso habían ido río Sæfern

arriba y amenazado Gleawecestre, aunque las murallas de la ciudadela los habían desalentado. Ése era Ragnall Ivarson. Nunca lo había visto cara a cara, pero sabía quién era. Y la fama que tenía. Nadie mejor que él al frente de un barco, nadie que riera de forma más estruendosa, nadie tan temido como él. Era un salvaje, un pirata, un quimérico rey de ninguna parte, y mi hija Stiorra se había casado con su hermano.

—Y Haesten ha prestado juramento de fidelidad a Ragnall —continuaba mi hijo, mientras observaba los barcos que se alejaban—. Ragnall Ivarson —sin perder de vista la flota mientras hablaba— se ha desentendido de sus territorios en Irlanda. A sus hombres les ha dicho que Britania era la tierra que el destino le había deparado.

Haesten era lo de menos, pensé. Una rata aliada a un lobo, un miserable gorrión encaramado a la testuz de un águila.

—¿Así que Ragnall ha abandonado sus territorios en Irlanda? —me interesé.

—Eso ha dicho ese hombre —señalando al lugar donde se hacinaban los prisioneros.

Refunfuñé. No estaba muy al tanto de lo que pasaba en Irlanda, pero, a lo largo de los últimos años, nos habían ido llegando noticias del acoso al que se veían sometidos los hombres del norte en aquellas latitudes. Barcos cargados de supervivientes de luchas despiadadas habían cruzado el mar, y aquéllos que, en su día, pensarán en establecerse en Irlanda buscaban nuevas tierras en Cumbria o en la costa de Gales; los había incluso que ponían rumbo a lugares mucho más lejanos, como Neustria o Frankia.

—Ragnall es poderoso —comenté—. ¿Por qué habría de abandonar Irlanda?

–Porque los irlandeses le han convencido de que lo haga.

–¿Convencido?

Mi hijo se encogió de hombros.

–Disponen de hechiceros, hechiceros cristianos que vaticinan el futuro. Ellos fueron quienes le aseguraron que, si abandona Irlanda, será rey de toda Britania; hasta le han proporcionado guerreros como refuerzo –volviendo la cabeza hacia la flota–. Un centenar de guerreros irlandeses van en esos barcos.

–¿Rey de toda Britania?

–Eso fue lo que dijo el prisionero.

Lancé un escupitajo. Ragnall no era el primero en soñar con dominar toda la isla.

–¿Con cuántos hombres cuenta?

–Mil doscientos.

–¿Estáis seguro?

–Me habéis educado en condiciones, padre –repuso mi hijo, sonriendo.

–¿Qué os he enseñado?

–Que la punta de una lanza en el hígado de un prisionero es un argumento más que convincente.

Me fijé en los últimos barcos que se perdían por el este.

–¡Beadwulf! –llamé a voces. Era un hombre menudo y enjuto que, si bien sajón de pura cepa, llevaba la cara pintada con trazos de tinta a la manera de los daneses. Y también uno de mis mejores ojeadores, un hombre capaz de cruzar una pradera a campo abierto como un espectro. Con la cabeza, hice un gesto indicándole los barcos que se perdían a lo lejos–. Llevaos una docena de hombres –le dije–, y seguid a esos cabrones. Quiero saber dónde desembarcan.

–Al instante, mi señor –repuso, pronto a darse media vuelta.

–¡Y Beadwulf! –añadí, mientras se me quedaba mirando–. Fijaos bien en los estandartes que ondean en esos barcos, ¡y tratad de ver si alguno exhibe un hacha roja! Si la distinguís, ¡quiero que me aviséis de inmediato!

–Un hacha roja –repitió–. Muy bien, mi señor –y se alejó a toda prisa.

El hacha roja era la enseña de Sigtryggr Ivarson, el marido de mi hija. Sus hombres ahora lo llamaban Sigtryggr el Tuerto, porque, con la punta de *Hálito-de-serpiente*, le había privado del ojo derecho. Había atacado Ceaster y lo habíamos derrotado; aun así, se las compuso para llevarse con él a Stiorra, mi hija, no como cautiva, sino como amante; y, desde entonces, sólo de vez en cuando había sabido de ella. Sigtryggr y ella vivían como terratenientes en Irlanda; me escribía porque yo me había empeñado en que aprendiera a leer y a escribir. «Damos largos paseos a caballo por la playa y las colinas –me había contado–. Es todo tan bonito... No pueden ni vernos.» Había tenido una hija, mi primer nieto, y le había puesto Gisela, como su madre. «Gisela es una monada –me contaba–; los curas irlandeses no dejan de echar pestes de nosotros. Por las noches, con dejes que me recuerdan los de aves salvajes medio moribundas, a voces nos lanzan sus maldiciones. Me encanta este sitio. Mi esposo os envía recuerdos.»

Los hombres siempre habían pensado que Sigtryggr era el más temible de los dos hermanos. Decían que era más despierto que Ragnall, su habilidad con la espada era legendaria, pero la pérdida de aquel ojo y, quizá, el matrimonio con Stiorra lo habían sosegado un tanto. Corrían rumores de que estaba encantado de cultivar sus tie-

rras, pescar en sus aguas y defender sus propiedades, pero ¿seguiría tan encantado ahora que su hermano mayor se disponía a invadir Britania? Por eso le había dicho a Beadwulf que pusiese especial cuidado en buscar un estandar-te en el que ondease un hacha roja: quería saber si el marido de mi hija se había vuelto en mi contra.

Cuando perdíamos de vista el último de los barcos del enemigo, acompañado por media docena de hombres a lomos de grandes corceles, el príncipe Etelstano se llegó a mi lado.

–Mi señor –dijo–, ¡no sabéis cuánto lo siento!

Le hice una seña para que guardara silencio, y volví a mirar a Finan, que, como un poseso, seguía gritando al hombre que yacía a sus pies; el herido no se quedaba atrás, y no me hizo falta saber irlandés para darme cuenta de que ambos se maldecían. Rara vez había visto a Finan tan fuera de sí. Sin dejar de despotricar, escupía y remachaba las palabras que, desgranadas como una cadencia, resonaban como otros tantos martillazos. Palabras que recaían sobre su adversario, quien, aun malherido como estaba, parecía acusar el efecto de tamaños insultos. Horrorizados al ver tanta ira, los hombres no dejaban de mirarlos, hasta que Finan se dio media vuelta y se hizo con la lanza que antes había desechado. Con parsimonia, volvió junto a su víctima, dijo algo más y se palpó el crucifijo que llevaba al cuello. Luego, como un cura en el momento de alzar la hostia, con la punta dirigida al suelo, enarboló la lanza con ambas manos y la mantuvo en alto. Se detuvo un momento y, hablando en inglés, dijo:

–Que Dios me perdone.

Luego, hundió la lanza con todas sus fuerzas sin dejar de dar voces, hasta que la hoja atravesó la cota de ma-

lla y el hueso y se hundió en el corazón del otro, mientras el herido se revolvía bajo la presión de la lanza, echando sangre por la boca y agitando los brazos y las piernas durante unos segundos antes de exhalar un último suspiro y, con gesto demudado, caer muerto, ensartado a la orilla del río con una lanza que, limpiamente, le había atravesado el corazón antes de dejarlo clavado en el suelo.

Finan lloraba a lágrima viva.

Espoleé mi montura y me llegué a su lado; me incliné y le puse una mano encima del hombro. Era mi amigo, mi amigo de toda la vida, mi compañero en no menos de cien muros de escudos.

–¿Finan? –le urgí; ni siquiera me devolvió la mirada–. ¿Finan? –insistí; entonces alzó los ojos y me miró. Reparé en las lágrimas que le corrían por las mejillas, en aquellos ojos desencajados.

–Creo que era mi hijo –dijo.

–¿Que era quién? –pregunté horrorizado.

–Hijo o sobrino; no estoy seguro. Que Dios me ayude. No lo sé. El caso es que lo he matado –y se apartó de mi lado.

* * *

–Lo siento mucho –insistía Etelstano, con una voz que daba a entender que estaba no menos abatido que Finan. Contemplaba el humo que seguía saliendo de la orilla del río–. Aparecieron en plena noche –dijo–, y no nos dimos cuenta hasta que vimos las llamas. Lo siento de veras. Os he fallado.

–Dejaos de necedades –bramé–. ¡Nada podíais contra esa flota! –señalando el recodo del río por donde, más

allá de un soto, acabábamos de perder de vista al último de los barcos del Rey del Mar. Uno de los doce barcos que nos habían quemado se ladeó, y se oyó el siseo de una varhada de vapor que enrareció el humo.

–Quería plantarles cara –volvió a la carga Etelstano.

–En tal caso, sois un maldito necio –repliqué.

Frunció el ceño, y me señaló los barcos que aún ardían y los restos descuartizados de un buey.

–¡Quería poner fin a todo eso!

–Sois muy libre de elegir las batallas que queráis librar –repuse con aspereza–. Estabais a buen seguro tras las murallas. ¿Por qué perder hombres? Nada podíais hacer para detener esa flota. Además, eso es lo que querían, que salierais y os enfrentarais con ellos; no es sensato darle al enemigo lo que va buscando.

–Lo mismo le dije yo –intervino Rædwald, un hombre de Mercia entrado en años, un hombre prudente que había dejado en Brunanburh para aconsejar a Etelstano. El príncipe estaba al mando, pero era joven; por eso había dejado allí a media docena de hombres de más edad y mayor capacidad de juicio, para evitar que cometiera los errores propios de sus pocos años.

–¿Querían que saliéramos? –se interesó Etelstano, hecho un lío.

–¿Qué mejor sitio para enfrentarse con los vuestros? –le pregunté, a mi vez–. ¿Detrás de las murallas, o a campo abierto, muro de escudos contra muro de escudos?

–Lo mismo le dije yo –insistió Rædwald. Pasé por alto el comentario.

–Sois muy libre de elegir las batallas que os disponéis a librar –le reproché–. ¡Para eso se os ha dado eso que tenéis entre las orejas, para pensar! Si os dedicáis a atacar a

todo enemigo que se cruce en vuestro camino, sólo conseguiréis cavaros una tumba antes de tiempo.

–Lo mismo... –empezó a decir Rædwald.

–Le dijisteis vos. ¡Ya lo sé! ¡Callad la boca! –mientras volvía la vista río arriba, donde ya no quedaba nada. Ragnall había llevado un ejército a Britania, pero ¿qué pensaba hacer con aquellos hombres? Necesitaba tierras para alimentarlos y fortalezas donde guarecerlos. Atrás, había dejado Brunanburh, pero, ¿no estaría pensando en dar media vuelta y atacar Ceaster? Las murallas romanas, las mismas que se alzaban como un obstáculo formidable, convertían la ciudadela en una excelente base de operaciones. ¿A dónde se dirigía, pues?

–¡Es lo que acabáis de hacer vos! –apuntó Etelstano, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

–¿Que he hecho qué?

–¡Atacar al enemigo! –parecía indignado–. ¡Hace un momento! ¡Cargasteis contra ellos colina abajo, y eso que os superaban en número!

–Porque necesitaba hacer prisioneros, despreciable remedo de hombre.

Quería saber cómo, en plena noche, Ragnall se había aventurado río arriba. O la fortuna le había sonreído hasta el punto de que su enorme flota hubiera sorteado los bancos de arena del Mærse sin que ninguno de sus barcos encallase, o era un navegante mucho más consumado que lo que de él se decía. Aunque innecesaria, habida cuenta de las dimensiones de aquella flota frente a los doce barcos que allí habíamos dejado, había sido una auténtica gesta marinera. Podía haber pasado de largo sin haberse desviado siquiera; sin embargo, había decidido atacar en mitad de la noche. ¿Por qué?

–No quería que cegásemos el canal –dejó caer mi hijo y, casi con toda seguridad, no otra era la razón. Si tan sólo unas horas antes hubiéramos recibido algún aviso de lo que se nos venía encima, habríamos hundido nuestros barcos en el canal principal del río. Ragnar habría conseguido pasar de todas formas, pero habría tenido que esperar a que subiese la marea y sus enormes barcos lo habrían tenido más difícil, mientras nosotros enviábamos emisarios río arriba que se encargasen de bloquear el Mærse y dispondríamos de más hombres para recibirlos como se merecían. En cambio, nos había dejado atrás, no sin armarnos un buen estropicio, y se dirigía tierra adentro.

–Seguro que fueron esos frisios –dijo Etelstano, alicaído.

–¿Frisios?

–Tres barcos mercantes que arribaron anoche, mi señor. Atracaron en el río. Traían un cargamento de pieles de Dyflin.

–¿Subisteis a bordo para inspeccionarlos?

Negó con la cabeza.

–Dijeron que eran portadores de la peste, mi señor.

–¿Así que decidisteis no subir a bordo?

–No, si eso pasaba, mi señor, no.

La guarnición de Brunanburh tenía la obligación de inspeccionar todo barco que se adentrase en el río y reclamar un derecho de paso por la carga que llevasen, pero nadie se habría atrevido a inspeccionar un barco en el que se hubiera declarado la enfermedad.

–Nos dijeron que sólo llevaban pieles, mi señor –añadió Etelstano–, y nos pagaron las cantidades que les reclamamos.

–¿Y ni siquiera os molestasteis en vigilarlos?

Cabizbajo, asintió. Los prisioneros me contaron el resto. Los tres barcos mercantes habían atracado donde el canal se estrechaba, el lugar preciso donde una gran flota corría mayor peligro de encallar, y encendieron unos fanales para facilitar el paso de los barcos hasta dejar atrás el peligro. La marea se había encargado del resto. Todo barco a la deriva sigue el flujo de la corriente más rápida del canal, y, una vez que dejaron atrás los tres barcos mercantes, Ragnall se limitó a dejar que la corriente los llevase a nuestro embarcadero. Una vez allí, había quemado tanto nuestros barcos como el embarcadero, de modo que sus bajeles dispusieran de todo el río para ellos. Así le sería más fácil recibir refuerzos de sus dominios marinos. Había desbaratado nuestras defensas en el Mærse, y disponía de todo un ejército para invadir Britania.

Dejé que Etelstano decidiera la suerte de los prisioneros. Eran catorce; Etelstano optó por ejecutarlos.

–Esperad a que baje la marea –le ordenó a Rædwald–; después, atadlos a esas estacas –señalando las pilastras carbonizadas que, siguiendo extrañas formas, sobresalían entre los remolinos que formaba el río–. Que se ahoguen cuando suba la marea.

Había enviado a Beadwulf al este, pero no esperaba recibir noticias suyas hasta pasado un día. Ordené a Sihtric que enviara hombres al sur.

–Que cabalguen tan rápido como les sea posible –le dije–, y que informen a la Dama Etelfleda de lo que está pasando. ¡Decidle que necesito hombres, un montón de hombres, todos sus hombres!

–¿A Ceaster, pues? –me preguntó Sihtric.

Asentí con la cabeza, sin dejar de darle vueltas al asunto.

–Decidle que vayan a Liccelfeld, que allí estaré –al tiempo que me volvía y le decía a Etelstano–, y vos, mi príncipe, vendréis conmigo. Os pondréis al frente de la mayor parte de la guarnición de Brunanburh. En cuanto a vos –mirando a Rædwald–, os quedaréis aquí y defenderéis lo poco que queda. Dispondréis de cincuenta hombres.

–¡Cincuenta! No son suficientes...

–Que sean cuarenta –bramé–, y si perdéis el fortín, os arrancaré los riñones y me los comeré.

Estábamos en guerra.

* * *

Finan estaba sentado en un gran tronco de madera de deriva a la orilla del río; me acomodé a su lado.

–Ponedme al tanto de lo que ha pasado –le dije, señalando el cadáver que aún permanecía clavado al suelo con aquella lanza.

–¿Qué queréis saber?

–Lo que tengáis a bien contarme.

Nos quedamos callados. Rompiendo la quietud de la mañana con un batir de alas, unos gansos nos pasaron por encima. Cayó un chaparrón que se fue como había venido. Uno de los cadáveres soltó un pedo.

–Nos vamos a Liccelfeld –dije.

Finan se dio por enterado.

–¿Por qué a Liccelfeld? –se interesó al cabo de un momento. Pregunta más bien retórica. No estaba pensando en Ragnall ni en los hombres del norte ni en nada que no fuera aquel cuerpo alanceado a un paso de la orilla.

–Porque no sé a dónde tiene pensado ir Ragnall –repuse–, y, desde Liccelfeld, lo mismo podemos ir al norte que al sur.

–Al norte o al sur –repitió, como ido.

–Ese cabrón va en busca de tierras –añadí–, y lo mismo puede hacerse con ellas al norte de Mercia que al sur de Northumbria. Tenemos que pararle los pies cuanto antes.

–Se dirigirá al norte –apuntó Finan, como si aquello no fuera con él. Se encogió de hombros–. ¿Por qué buscar un enfrentamiento con Mercia?

Supuse que estaba en lo cierto. Con fronteras defendidas por fortines y ciudadelas fortificadas, Mercia se había hecho fuerte, en tanto que, al norte, se extendían los azarosos parajes de Northumbria. Territorio danés, sí, pero cuyos señores no dejaban de guerrear y pelearse entre ellos. Un hombre fuerte, y Ragnall lo era, bien podría unirlos. Muchas veces le había dicho a Etelfleda que debería marchar al norte y arrebatarles tierras a aquellos daneses levantiscos, pero, a menos que contase con el apoyo del ejército de sajones del oeste de su hermano, jamás invadiría Northumbria.

–Vaya al sur o al norte –dije–, es el momento de plantarle cara. Acaba de llegar. No conoce el terreno. Haesten, sí, claro está; pero, ¿hasta qué punto se fía Ragnall de esa cagarruta de comadreja? Por lo que nos han contado los prisioneros, los hombres de su ejército jamás han luchado juntos, así que debemos atacar ahora, antes de que encuentre un lugar donde cobijarse y se sienta a salvo. Haremos con él lo mismo que le hicieran los irlandeses: le haremos ver que no lo queremos por aquí.

Silencio de nuevo. Tratando de contarlos, me quedé mirando los gansos por ver si su número me proporciona-

ba algún presagio, pero eran demasiados. Además, un ganso ondeaba en el estandarte de Etelfleda, de modo que me dio por pensar que su presencia era un buen augurio. Me palpé el martillo que llevaba colgado al cuello. Finan reparó en el gesto y frunció el ceño. Luego, echó mano del crucifijo que llevaba al cuello, esbozó una mueca, y se lo arrancó con tanta fuerza que rompió el cordón de cuero del que colgaba. Se quedó mirando un momento aquella baratija y la arrojó al agua.

–Iré al infierno de cabeza –dijo.

Por un momento, no supe qué contestar.

–Al menos estaremos juntos –repuse.

–Pues sí –dijo muy serio–. Un hombre que mata a alguien de su propia sangre está condenado.

–¿Es eso lo que os enseñan los curas cristianos?

–No.

–Entonces, ¿cómo estáis tan seguro?

–Lo sé, y basta. De ahí que mi hermano no acabase conmigo hace muchos años. En vez de eso, me vendió a aquel cabrón de mercader de esclavos.

Así fue cómo nos conocimos Finan y yo, encadenados como esclavos a una bancada y empuñando largos remos. Aunque llevaba mucho tiempo muerto, degollado por Finan en un arranque de venganza, aún llevábamos la marca de aquel malnacido en la piel.

–¿Por qué querría acabar con vos vuestro hermano?

–le pregunté, a sabiendas de que me adentraba en terreno resbaladizo. A pesar de los muchos años que llevábamos siendo amigos, nunca había sabido por qué Finan había abandonado su Irlanda natal.

–Una mujer –haciendo una mueca.

–Sorprendedme –dije, no sin ironía.

–Estuve casado –continuó, como si no me hubiera oído–. Una buena mujer, ya lo creo, una hija de la sangre del clan de los Uí Néill, en tanto que, para mi pueblo, yo era un príncipe. Al igual que mi hermano, el príncipe Conall.

–Conall –dije al cabo de unos segundos de silencio.

–Irlanda es un mosaico de pequeños reinos –continuó, sin apartar la mirada perdida del agua–. Pequeños reinos y grandes reyes, y vaya si guerreamos. ¡Dios, nos encanta pelear! El clan de los Uí Néill es uno de los más importantes, al menos entre los del norte del país. Ellos nos dispensaban protección y nosotros les rendíamos tributo. Cuando nos lo pedían, siempre peleábamos de su lado, bebíamos con ellos y nos casábamos con sus mujeres de más alto rango.

–¿Así que os casasteis con una del clan de los Uí Néill? –apremiándole.

–Conall es más joven que yo –repuso, pasando por alto la pregunta–; yo debería haber sido el siguiente rey, pero Conall conoció a una muchacha del clan de los Ó Domhnaill. ¡Dios, qué hermosa era, y eso que no era de alta cuna! No era la hija de ningún jefe de clan; era tan sólo una lechera. Tan bonita... –se le humedecían los ojos mientras hablaba con un deje de melancolía–. De cabellos negros como la noche y ojos como dos estrellas, con un cuerpo tan grácil como el de un ángel en pleno vuelo.

–¿Que se llamaba? –le pregunté.

Negó rotundamente con la cabeza y no respondió a mi pregunta.

–Y Dios sabe que nos enamoramos. Y nos fugamos. Nos hicimos con unos caballos y nos dirigimos al sur. La mujer de Conall y yo, los dos solos. Pensábamos que si nos íbamos muy lejos y nos escondíamos, nadie nos encontraría nunca.

–Pero a Conall le dio por perseguiros –dejé caer.

–Todo el clan de los Uí Néill se propuso darnos caza. Porque bien sabe Dios que eso fue lo que pasó. Todos los cristianos de Irlanda sabían quiénes éramos y el oro que recibirían si daban con nosotros, y sí, Conall se sumó a los hombres del clan de los Uí Néill.

En silencio, esperé a que continuase.

–En Irlanda, es imposible esconderse –prosiguió Finan–. Nadie está a salvo, a salvo de la gente humilde, de la gente en una palabra. Ya podéis retiraros a una isla en mitad de un lago, que sabrán que estáis ahí. Instalaros en lo alto de una montaña, que darán con vos; esconderos en una cueva, que os atraparán. Deberíamos habernos hecho a la mar, pero éramos jóvenes y no lo sabíamos.

–Hasta que dieron con vosotros.

–En efecto, y Conall prometió que más desearía haber muerto que seguir con vida.

–¿Y os vendió a Sverri? –el mercader de esclavos que nos había comprado.

Asintió.

–Me arrebató todo el oro que tenía y ordenó que me azotaran, me arrastrasen por el lodazal donde iban a parar todas las inmundicias del clan de los Uí Néill y me vendió a Sverri. Soy el rey que nunca lo fue.

–¿Qué fue de la muchacha?

–Conall tomó a la mía, aquella joven del clan de los Uí Néill, por esposa. Los curas le dieron el visto bueno y le animaron a hacerlo, así que crió a mis hijos como si fueran suyos. Y renegaron de mí, mi señor. Mis propios hijos me maldecían. Ése –señalando el cadáver– acaba de hacerlo. Soy el traidor, el maldito.

–¿Es hijo vuestro? –le pregunté con delicadeza.

–No me lo dijo. Podría serlo. O hijo de Conall. De mi sangre, en cualquier caso.

Me acerqué al muerto, le planté el pie derecho en la barriga y tiré con fuerza para sacar la lanza. Se produjo un pequeño forcejeo, hasta que el cadáver hizo un ruido parecido a un poco decoroso chupeteo cuando, por fin, saqué la hoja. En el pecho del muerto, una cruz ensangrentada.

–Los curas se encargarán de enterrarlo y rezarán por él –arrojé la lanza a la orilla del río, y me volví para preguntarle a Finan–: ¿Qué fue de la chica?

Dirigió la misma mirada perdida al río, que bajaba más turbio, cubierto como estaba con las cenizas de nuestros barcos.

–Dejaron que, durante todo un día, los guerreros del clan de los Uí Néill hicieran con ella lo que les viniera en gana, y me obligaron a verlo. Luego, se apiadaron de ella, mi señor, y la mataron.

–¿Y vuestro hermano ha enviado hombres para echar una mano a Ragnall? –me interesé.

–El clan de los Uí Néill ha prestado hombres a Ragnall. Y sí, mi hermano va al frente de ellos.

–¿Y por qué, según vos, lo habrán hecho? –le pregunté.

–Porque al clan de los Uí Néill les gustaría ser reyes de todo el norte de Irlanda, y de Escocia también. Reyes de todo el norte. Ragnall puede quedarse con los territorios sajones. Ése es el pacto. Él los ayuda, y ellos le ayudan a su vez.

–¿Y piensa comenzar por Northumbria?

–O por Mercia, quién sabe –dijo Finan, encogiéndose de hombros. Pero no se quedarán ahí –continuó–: lo quieren todo.

La misma pesadilla de siempre, la que me había mantenido en vilo toda la vida, la pesadilla de que los hombres del norte se hacían con toda Britania. Muchas veces lo habían intentado y habían estado en un tris de conseguirlo, pero los sajones siempre supimos cómo salir adelante y plantarles cara, hasta el punto de que, para entonces, habíamos recuperado la mitad de la isla. ¡Y eso que podríamos haberla perdido! Los hombres del norte nada sabían de piedad; ahítos de rabia y de ira, sus ejércitos oscurecían la tierra, pero tenían un punto flaco, tan vulnerable como letal: eran como perros que no dejaban de pelearse entre ellos. Sus incursiones sólo llegaban a ser peligrosas cuando, por su fortaleza, uno de esos perros sobresalía de entre la jauría hasta el punto de gruñir, morder y obligar a los otros perros a amoldarse a sus deseos. Una derrota y adiós a sus ejércitos. Si las cosas iban bien, seguían a un caudillo, pero si daba muestras de debilidad, sus mesnadas lo abandonaban en busca de una presa más fácil.

Y Ragnall había venido con todo un ejército. Un ejército de hombres del norte, al que se habían sumado daneses e irlandeses, lo que quería decir que había sabido unir a nuestros enemigos. Por eso era peligroso.

Sólo que no había conseguido que todos los perros se sometiesen a su voluntad.

Por los prisioneros me enteré de otra cosa: que Sigtryggr, el marido de mi hija, no había querido hacerse a la mar con su hermano. No se había movido de Irlanda. Beadwulf habría visto el estandarte del hacha roja y me diría lo contrario, pero dos de los prisioneros me aseguraron que ése era el emblema de los dos hermanos, la bandera de su difunto padre, el hacha ensangrentada de Ivar, pero el hacha de Sigtryggr, al menos de momento, se había tomado

un respiro. El hacha de Ragnall había infligido una herida profunda en nuestras defensas, pero mi yerno no se había movido de Irlanda. Me llevé la mano al martillo y recé para que no lo hiciera.

–Tenemos que irnos –le dije a Finan.

Teníamos que hostigar a Ragnall hasta derrotarlo.

Y tomé la decisión de dirigirnos al este.